

3. El gran deseo

Para profundizar en el tema de la vocación y de la alegría debemos meditar siempre el episodio del joven rico. Es una página del Evangelio que no sólo interesa al comienzo de un camino vocacional, sino que debe acompañarlo siempre, porque cada día, cada momento, cada paso que vivimos siguiendo a Cristo nos vuelve a proponer este drama. En efecto, este joven acude a Jesús lleno de deseo de plenitud de vida, de vida feliz: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (Mc 10,17). Es un joven insatisfecho. Tiene muchas posesiones materiales y lleva una vida honesta y virtuosa que no transgrede ningún mandamiento. Pero no está contento. Se da cuenta de que su corazón pide más, pide algo mucho más grande, pide el infinito. Comprende que su vida rica y virtuosa pide eternidad, pide aquello que no termina con la muerte. Los bienes materiales y las buenas acciones terminan con la muerte, pero la vida pide algo más fuerte que la muerte, pide la eternidad, pide la vida eterna. Pide, al fin y al cabo, la “santa Pascua”, como nos dice San Benito, es decir, una vida que ha vencido al pecado y a la muerte y que ya no morirá más.

Curiosamente, el joven rico, antes de encontrarse con Jesús, estaba ciertamente insatisfecho, pero no estaba triste. ¿Por qué? Porque la alegría seguía siendo el horizonte de su vida, porque vivía en busca de la alegría, de la vida eterna, de la plenitud de la vida. Sentía dentro de sí un misterioso anhelo de esa alegría del anhelo espiritual de la santa Pascua de la que habla San Benito. Sentía que todo en él aspiraba a algo grande, a algo bello, a algo eterno, y esto daba sentido a su vida, incluso a su riqueza y a su compromiso moral de cumplir todos los mandamientos. Su vida se extendía hacia la plenitud de vida y de alegría que Jesús nos realizará en el misterio pascual. Percibiendo esto, su corazón le había impulsado con vehemencia, como proyectado, hacia Jesús: “Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»” (Mc 10,17). Tan fuerte era en él el deseo de la vida eterna y la intuición de que en Jesús podía encontrarla, que cuando lo ve pasar de lejos, se pone a correr como un loco, hasta caer a sus pies. Lo que le impulsa no es tanto su energía juvenil, sino ese deseo, esa pregunta que al final de la carrera le hace a Jesús: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”. Todo en él quiere vivir eternamente; todo en él desea la vida que sólo Cristo puede darnos, pues la dará poco después de este episodio muriendo en la cruz y resucitando.

Sin embargo, después de su encuentro con Jesús, este joven se va triste, con una tristeza distinta de la que sentía antes. Antes tenía una tristeza llena de anhelo, abierta al infinito. Ahora es como si algo se hubiera cerrado en él. El Evangelio dice que “él frunció el ceño” (Mc 10,22), como si su rostro, su mirada, se hubiera cerrado a la luz. Me viene a la mente lo que escribe san Juan en el momento en que Judas sale del Cenáculo para ir a traicionar a Jesús: “Era de noche” (Jn 13,30). En el momento en que el joven rico no quiso seguir a Jesús por miedo a perder sus riquezas, se apagó en él el deseo de la vida eterna y, por tanto, “la alegría del deseo espiritual de la santa Pascua”. Todo en su vida se detuvo. Antes corría hacia Jesús como una flecha hacia el blanco. Ahora se detiene y vuelve atrás. Todo lo que tenía y hacía, incluso la fidelidad a los mandamientos de Dios, en lugar de ser profecía de una plenitud superior a todo, se ha convertido ahora en un muro de defensa contra lo que antes buscaba. Un muro de defensa contra la vida eterna, contra la alegría, es decir, contra Jesús, que es en persona la vida eterna y la alegría infinita de todo hombre. El joven rico no renunció a una vocación particular, como se podría renunciar a ser monje, sacerdote, o a casarse y tener hijos. Renunció a la vocación de su corazón, a la vocación a la vida eterna y a la alegría de su corazón, del corazón de todo hombre. En efecto, nuestra vocación

particular no es otra cosa que la vocación de nuestro corazón. La vocación particular de cada uno de nosotros es el camino por el que nuestro corazón está llamado a seguir hasta el final su vocación a la vida eterna y la alegría de poseerla, es decir, su deseo más profundo.

La vocación monástica, desde el principio, cuando surgió y se difundió en la Iglesia después del tiempo de los mártires, se entendió inmediatamente como la vocación cristiana en la que la llamada a seguir a Cristo lo es todo. En cierto sentido, la vocación monástica es la vocación cuyo contenido, finalidad, tarea no es otra que la vocación misma. De ahí que el episodio del joven rico la describa de modo esencial. No sabemos qué misión le encomendaría más tarde Jesús. Probablemente una misión apostólica. Pero el Evangelio nos habla de su vocación esencial, el corazón de toda vocación: “¡Déjalo todo, da a los pobres, ven, sígueme!”. La vida monástica, aunque a lo largo del tiempo ha asumido muchas misiones y obras, en esencia se centra en esta vocación fundamental y universal.

San Antonio, el padre de los monjes, es el gran paradigma de esta vocación. Para él, todo comenzó cuando escuchó en la iglesia la proclamación del Evangelio según San Mateo, precisamente donde Jesús le dice al joven rico: “Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo— y luego ven y sígueme” (Mt 19,21).

Antonio comprendió entonces que para vivir esta vocación debía ir al desierto, a la soledad. San Benito hará lo mismo: percibe esta llamada a no vivir otra cosa que la llamada de Jesús a dejarlo todo para seguirle, y parte en busca del desierto. Recibe el hábito monástico del monje Romano e inmediatamente se retira durante tres años a la cueva de Subiaco.

Observamos, sin embargo, que su vocación no era el desierto. No fue el desierto lo que les llamó. Eligieron el desierto como el lugar donde la vocación de seguir a Jesús podía serlo todo. Para ellos, el desierto era el lugar donde toda su vida, su corazón y su cuerpo podían centrarse en la llamada de Cristo a dejarlo todo por Él. De hecho, después de tres años, San Benito llegó a darse cuenta de que el mejor entorno para centrarse en la vocación ya no era la soledad absoluta de Subiaco, sino la vida cenobítica en Montecasino. Esto se debe a que la vocación que Benedicto siguió fue la llamada de Jesús a estar con Él y no una forma abstracta de vida monástica.

La Iglesia siempre ha necesitado esta vocación. Siempre ha necesitado personas llamadas por Cristo a centrarse en la llamada de Cristo, sin otro propósito y tarea que vivir y dar testimonio de que ser llamado a estar con Jesús es una vocación plena, que llena la vida, que le da sentido, que le da, como dice Jesús, una “perfección”: “Si quieres ser perfecto... ¡sígueme!”. Perfección no significa no tener defectos, fragilidades y pecados. Ser perfecto significa cumplir la finalidad de la vida, encontrar y permanecer con Aquel para quien nuestra vida está hecha y nos ha sido dada. Ser perfecto, desde que Dios se hizo hombre y se dejó encontrar, significa seguir a Jesús, permanecer con Él a cada paso de la vida, incluso cuando caemos, incluso cuando tenemos que volver a empezar cada día para decirle sí como si no hubiéramos avanzado ni un milímetro. Porque la perfección no está en nosotros, sino en Él, efectivamente: nuestra perfección es Él mismo, y se hace nuestra cuando nos aferramos a Él.

El evangelio del joven rico es importante para demostrar que la alegría es esencial a la vocación. La tristeza con la que dice no a la vocación de seguir a Jesús nos hace ver que alegría y vocación van de la mano. Separarlas, pensar que una puede ir sin la otra, es un error no sólo psicológico, sino sobre todo teológico.